

Pasos encontrados

Ocho horas sentado y paseando por El Espolón aportan cientos de imágenes que colapsan retinas y memoria. Y es que este emblemático espacio aporta y absorbe vida a la ciudad, sus vecinos y visitantes

1 MARCOS / BURGOS

Era un día cualquiera, a una hora cualquiera de este agosto de 2003 en El Espolón. Lo que más ardentemente desea todo aquel que pone un pie en el Paseo, con la intención de pasar una tarde serena y fresca, es que los compañeros de banco que le tocan en suerte sean de amena conversación, con los mismos vicios, pocas impertinencias, buena educación, que no ronquen en caso de caer dormidos y una franqueza que no raye en familiaridad.

Lo que puede parecer una cuestión banal se convierte, por principios, en un asunto serio: en una improvisada e íntima reunión de dos o más personas que nunca se han visto ni quizás vuelvan a encontrarse más sobre la tierra, pero destinadas, por un capricho del azar, a codearse y compartir sudores con ese abandono y confianza que no concedemos ni a nuestros mejores amigos.

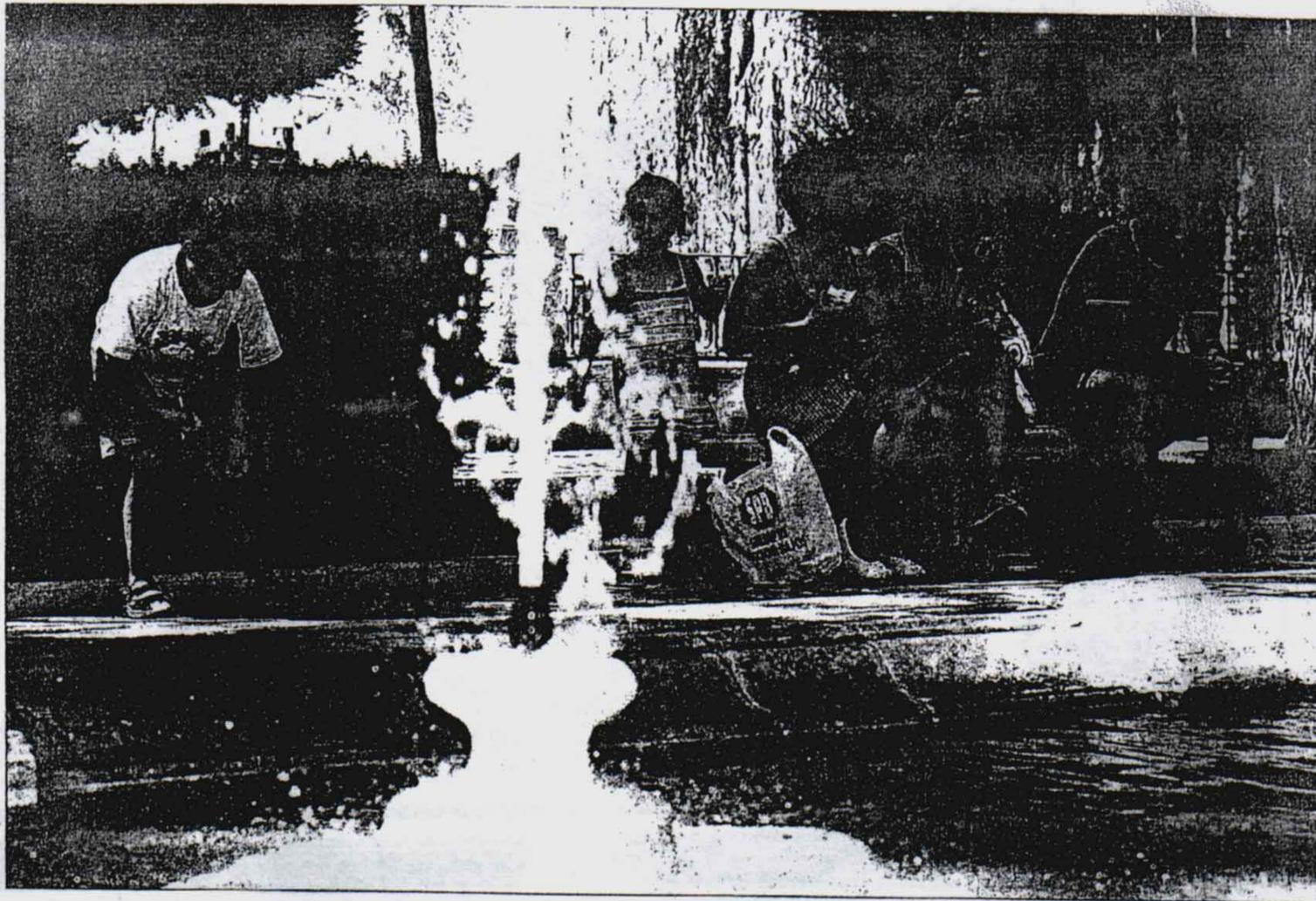
Las hornadas de calor han creado un itinerario que se ha convertido en un clásico para los amantes del camino sin rumbo o los buscadores de sombras. Pero no son los únicos. En cualquiera de los cafés que rodean El Espolón resulta fácil encontrarse con personajes de la talla del director de cine Giménez-Rico, el escritor Sánchez Dragó o el mismísimo hijo bastardo del rey Alfonso XIII, Leandro Ruiz Moragas. Han venido para ver la exposición de arte nipón, para contemplar más de cerca nuestra imponente catedral o para comprar algún libro perdido en la memoria de los tiempos.

Pensar en El Espolón e imaginar hordas de anécdotas es inevitable. Este paseo simboliza el paradigma de lo que hoy significa la belleza, la libertad y la diversidad. Donde quiera que anden las manecillas del reloj, bajo su arbolado se vuelve habitual tener que caminar esquivando paseantes más o menos ocupados. Todos parecen nacidos a la sombra de esa manera de ver, comprar y marchar. Es en ahora cuando se tiene la impresión de que los individuos no cabemos en la muchedumbre.

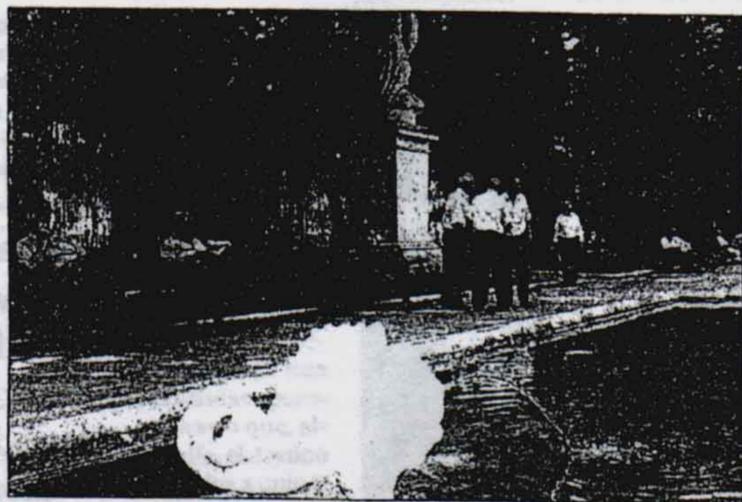
SUEÑOS ROBADOS. Todo aquel que se interna en esta nube de luces y sombras tiene la impresión de rejuvenecer. Algunos abuelos saborean, a dos manos y con los ojos vidriosos, el último boom en helados de chocolate. Junto al quiosco de los dulces, una coqueta niña rubia llora encolerizada porque su madre no quiere llevarla en brazos. Lloro por todo lo que fue un instante y tal vez no podría volver a serlo jamás.

En el túnel de los sueños y lamentos también descubrimos que no sólo los *guiris* visten chancletas con calcetines blancos hasta las rodillas; que los hombres también pueden enseñar el ombligo o que hay personas entrañables, como aquel anciano de ojos de moscatel y rostro sabio curtido por el paso de las horas.

Alrededor todavía quedan al-



Sombra, agua, juegos, tentempié en la calle... estamos en verano; ¡y qué veranot! / FOTOS: INGRID



Reposo, lectura y charla entre ríos, jardines, reyes y caballeros.

gunos rincones idílicos que parecen suspendidos en el tiempo. Bajo el Arco de Santa María, un par de mimos rememoran el Cantar del Mfo Cid. Diseñan una nueva concepción del arte. Su filosofía bohemia sigue atrayendo y exigiendo para sí los aplausos más sonados, los más sentidos y los que, a la postre, más se agradecen.

Pero como nunca llueve -léase hace calor- a gusto de todos, este mítico paraje tampoco escapa a las críticas de los burgaleses. Javier Alonso, de 20 años, se queja amargamente del increíble y desproporcionado aumento de precios que imponen los bares y cafés de la zona. Pilar, la dependienta de una joyería, revela un problema aún más serio: «Cualquiera que pase cinco minutos por aquí, con los ojos bien abiertos, puede ver los constantes movimientos de droga. Y de la policía no se sabe nada», señala indignada. Había cinco ucranianos con

cara de músicos, una niña con dos coletas, había un borracho, tres camareros y ninguna mesa vacía, había una farmacéutica, una librería escondida entre decenas de tomos, había unos ancianos comiendo helado y unos niños riendo, un grupo de *drogatas* y ningún policía, había unos alemanes despidados y un par de francesas *buenorras*, había un portero con cara de pocos amigos y un escritor con la suya en forma de póquer, había vecinos charlando, había parejas de enamorados, una divorciada, gitanos, suecos, árboles y, gracias a quien sea, había sombra.

Había todo eso y mucho más, como para que los visitantes no olvidaran que estaban en el mundo alucinado y alucinante del Paseo del Espolón, donde las ilusiones más locas terminan por ser ciertas y se conoce el otro lado de la realidad. Era un día cualquiera, a una hora cualquiera de este agosto de 2003 en El Espolón.



Los turistas, elementos imprescindibles en el estío burgalés.